

NOCHE AL RASO

(Manuscrito hallado entre papeles viejos.)

AL CONDE DE BASSOCO,

El Autor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



NOCHE AL RASO.

(MANUSCRITO HALLADO ENTRE PAPELES VIEJOS.)

I

QUANDO aún no había caminos de hierro entre nosotros, ni eran fáciles los medios de transporte, y el invento de Fulton solía verse anunciado como si dijéramos en figura, por un par de bueyes soñolientos que más de una vez reemplazaron á los cansados troncos de mulas en el tiro de carruajes; allá por los años de 1840, para acabar con esta perifrasis, venía de Orizaba á Puebla, con todo y la polvienta funda de manta de rigor, un coche ocupado por los siguientes personajes:

Un procurador ó agente de negocios, de enjuto y avinagrado rostro, de traje negro y algo mugriento, y cuyo desaliño se sintetizaba, digámoslo así, en las enlutadas y largas uñas, parte

integrante de los utensilios de su profesion; y que chocaban entónces, por no verse, como ahora, en las manos de los más atildados mancebos, y aún de las más bellas damas.

Un militar retirado, con una pierna de ménos, y muletas y dos ó tres cicatrices de más; de los que en tiempo de la insurreccion se batieron al lado de Rossains, ó acompañaron en la cueva tradicional á D. Guadalupe Victoria fomentándole sus sueños de dicha doméstica y patriótica, cifrados, segun lenguas mordaces, en casarse con una india de Guatemala, y ser uno y otra coronados rey y reina de América, como entónces se decía.

Un aficionado á la pintura, que desde su juventud había sido almonedero en México, en la calle de la Canoa.

Por último, un hacendado actual, boticario retirado del oficio, con buenos pesos extraídos de la zarzaparrilla y la borraja; cuyo aspecto hacía recordar el ruibarbo, y cuya levita parecía haber probado muchos años atrás todos los ungüentos de la farmacia.

Estos hombres que, probablemente, nunca se habian visto al dar principio al viaje, ocupaban el interior del vehículo, cuya caja, por lo peque-

ña con relacion á varas, sopandas y ruedas, recordaba exactamente el cuerpo de una araña de las que llaman zancudas, y cuyo nombre técnico omito por ignorarle. Como caminaban contando con un solo tiro de mulas, eran cortísimas sus jornadas. La del dia á que me contraigo debía ser rendida en Puebla. Anocheecía ya en el punto intermedio de Amozoc y de la expresada ciudad, cuando el coche —que es fama, trajo á Marquina á México cuando vino de virey— dió un salto en una de las ramblas pequeñas formadas en el camino por las lluvias, y se desarmó casi por completo, rompiéndose á un tiempo mismo, no sé por qué efecto mecánico, lanza, sopandas y caja, y quedando todo ello en estado poco ménos que inservible.

Descendiendo al suelo con más prisa y ménos compostura de lo que habrian deseado, el militar, el procurador, el farmacéutico y el almonedero, se hallaron en la poco envidiable aptitud de contemplar á todo su sabor, sobre aquel monton de apolilladas ruinas, el brillo de todas las constelaciones del cielo en una noche de Diciembre, de aquellas que por lo frías hielan las narices y dificultan la respiracion. Componer y volver á armar el coche, no era posible carecién-

dose de carroceros y de instrumentos á propósito; y tomar á pié el camino hasta Puebla, no halagaba á aquel cuaterno de cotorrones más ó ménos atacados de reumatismo; máxime previendo que al llegar á la garita la habrían de hallar cerrada, exponiéndose á ser tratados como gente sospechosa. Decidiéronse, pues, á esperar el paso de algun otro vehículo, y en último caso el día, cuya luz es consuelo de apenados, y cuyas brisas matinales traen á la cabeza ideas frescas y acertadas resoluciones.

Tomada la que acabo de indicar, entraron los ánimos en alguna tranquilidad, como sucede siempre en casos análogos; y los viajeros, comenzando por reirse del enojo y las maldiciones del cochero y del sota, acabaron por hacerse mutuamente más comunicativos y procurarse distraccion, cada uno segun el giro de sus inclinaciones y costumbres. El almonedero se acercó instintivamente á recoger y examinar algunas piezas del finado coche, hallando que solo habian quedado ilesos los picaportes de las portezuelas, que, sin querer, avaluó y tasó allá en sus adentros. El boticario, que habia sacado del golpe un brazo maltrecho, se aplicó una cataplasma de lodo, figurándose que le vendía por triaca á

alguno de sus antiguos marchantes. El procurador revolvía en su cabeza leyes y prácticas forenses, con el firme intento de demandar judicialmente por daños y perjuicios, en llegando á Puebla, al dueño del coche; si bien vino á contrariar en cierto modo sus planes, por importar la pérdida del derecho propio y hasta flagrante responsabilidad de perjuicio ajeno, el atolondramiento del militar, que figurándose á la cabeza de su compañía y en tiempo de guerra y de ocupaciones y despojos en nombre del servicio público y sin prévia indemnizacion, como el frío apretara por una parte y él necesitara por otra descargar en alguién su mal humor, juntó los palitroques del deshecho carruaje, hizo con ellos una buena lumbrada, y acalló á golpes las reclamaciones del cochero, que poniendo desde luego el grito en las nubes, acabó por resignarse, como que, al fin, solo se trataba de los intereses de su amo, y por sentarse en union de los pasajeros en torno de la hoguera así improvisada, y cuyos reflejos hacian aparecer distintamente en los semblantes la estupidez del auriga, la franqueza y brusquedad del capitán, la indiferencia del almonedero, la avaricia del fabricante de purgas, y la natural y reconcentrada

malicia y el instinto rapaz del representante de las leyes.

Una carcajada homérica del militar vino á interrumpir el general silencio, solo alternado con las coces de las mulas que ni se calentaban ni veían por allí pesebre. A la verdad, señores, —dijo— representamos una escena casi patriarcal, y que me sería hasta agradable si á esta botella de refino, compañera mia en todos mis viajes, pudiera agregar el cabrito de los israelitas, ó siquiera los buñuelos de los pastores de Belem, ó hasta, en último caso, un cuarto trasero de la burra de Balam bien asado. Pero, falto de tales elementos de conservacion y mejora del cuerpo y de esparcimiento del ánimo, héme contentado con comer prójimo mentalmente, riéndome en mi interior de las figuras de Ustedes (movimiento de extrañeza y enojo en el concurso) y de la espontaneidad con que todos, en un caso dado, obramos con arreglo á nuestros hábitos y propensiones, sin advertirlo. Antes que el despotismo y la violencia, inseparables de este mutilado servidor de la nacion, que comenzó por amarrar en Tehuacán á los miembros del congreso de Chilpancingo, y ha acabado por hacer inútiles reverencias á ministros de Hacienda y tesoreros, en so-

licitud de alcances que están en el palo ensebado con que nos hemos de divertir el dia del juicio; ántes, digo, que mi capricho y brutalidad convirtieran en fogata los restos de la apollillada cucaracha que con nombre y humos de coche nos trajo al triste estado en que nos vemos, y pusiesen mano airada en el mofletudo rostro de este honrado aunque estúpido muletero, á quien pido me excuse la necesidad de reincidencia, pardiez que no se me habian ocultado ni las pesquisas y los cálculos de este señor que, segun nos ha dicho, tuvo ó tiene almoneda; ni la maestría con que se vendó el adolorido brazo el farmacéutico; ni las señales de estar revolviendo proyectos de multas é indemnizaciones, que aparecieron en la torva frente del compañero procurador; ave de presa detenida en su vuelo, cuando acaso tenía que asistir á embargo ó despojo; comida sabrosísima para los de su oficio.

Y puesto que la casualidad ó Satanás han tenido la humorada de reunirnos aquí á campo raso y sin víveres ni quehacer, á individuos de caracteres y profesiones tan diferentes, con la perspectiva de una noche verdaderamente infernal, en que, dado caso que fuera posible dormir, lo sería que sirviéramos de cena á los coyo-

tes, ¿no habría más cordura en echar todo á broma, perder el encogimiento y la reserva reinantes entre personas que de ayer acá se han conocido, y que cada uno cante, ria ó hable sin ceremonia, refiriendo, si gusta, alguna ó algunas de sus propias aventuras, ó de las ajenas de que tenga noticia, y que suelen ser más sabrosas de contar? Y como llevo media hora de hacer uso de la palabra, para evitar toda extrañeza debo advertir á Ustedes que casi no la he cortado desde que salí de la cueva en que acompañé al general Victoria. Tal efecto causó en mi lengua, ántes callada de suyo, el silencio que por espacio de meses y áun de años tuvo que guardar, careciendo de tercera persona con quien comunicarse, y no siéndole posible interrumpir las abstracciones del jefe, que de dia ideaba un plan de reconstrucción social y política del país, y de noche soñaba con cierta beldad de Guatemala ó del Soconusco, á quien nunca llegamos ni él ni yo á conocer. Así, pues, compañeros, rienda suelta al buen ó mal humor, y charlen Ustedes alternando conmigo, ó al mismo tiempo que yo, para matar el tiempo, en tanto que este animal (hablo del cochero), si no quiere que yo le vuelva á medir las costillas, se pone en atalaya, por si

viniere por esos caminos de Dios, coche ó carreta que podamos aprovechar, ó hasta un hatajillo de asnos que, en último caso, embargáramos sin ceremonia, pues el servicio público es ante todo. Y cuénta que á estas horas y en este desierto, sería yo capaz de encomendarme al santo más famoso del contorno, si tuviera esperanzas de que me oyese; y reputaría verdadero milagro suyo el que se nos deparara modo de no ver desde aquí salir el sol, cosechando nosotros una ó más pulmonías.

Un acceso de tos interrumpió aquí al militar; y aprovechando la interrupción, el procurador, como hablando consigo mismo, exclamó con gesto sardónico: "Milagro y muy milagro sería ello; pero de estos tan patentes, solo el Cristo del Licenciado Retortillo los hacia.

—Explíquenos el señor procurador, si gusta, qué Cristo era ese, —interrumpió el almonedero,— que al cabo nada nos corre prisa, y algun tiempo mataríamos oyéndole.

Y, como los demás circunstantes manifestaran igual deseo, el procurador limpióse el pecho, cual si fuera á cantar, y sin fijar la vista en nadie para no comprometerse, habló en estos términos:

II

El Crucifijo milagroso.

Todo el mundo, al ménos el forense —y hablo en términos de mi profesion— ha conocido en México al señor Licenciado Retortillo, muerto hace pocos años de resultas de una enfermedad crónica que le sobrevino de un aire colado, estando caliente Su Merced, despues de un informe en estrados.

Educado en la escuela de los Bataller y Gamboa, y dotado de inteligencia, viveza y malicia no comunes, llamó muy presto la atencion general, y amén de recibirse de las agencias y sindicaturas de no pocas cofradías, tuvo á su cargo los negocios judiciales de las casas de comercio más importantes de la capital y de fuera de ella, no admitiendo jamás empleo público alguno. Con el trascurso del tiempo y el incremento de su fama, multiplicáronsele las ocupaciones de tal manera, que su estudio, por lo numeroso y polviento de los legajos y expedientes aglomerados

en estantes, mesas y sillas, parecia oficio de escribano, regocijando la vista y el corazon de la gente de curia que olfateaba allí el gérmen de demandas y litigios interminables. Y aunque el Licenciado trabajaba más cada dia, con riesgo de su salud, y hasta bajo su nombre y responsabilidad ocupaba á otros abogados que le despachaban los negocios más fáciles de arreglo; como seguíanle cayendo en progresion mayor los de todo género, acabó por atascarse entre aquellos montones de papel, poniendo á prueba la paciencia de herederos y litigantes, y dándosele un comino sus hablillas y murmuraciones. Riquísimo estaba ya; y los humos de la riqueza y los dolores del reumatismo habian ido agriando su carácter, que nunca tuvo fama de dulce, especialmente en el desempeño de su profesion en que era excéntrico y claridoso, como decian en presencia suya sus amigos, ó como aseguraban en su ausencia sus émulos, un hombre verdaderamente malcriado.

Recuerdo su estatura, su fisonomía, su traje y sus modales, cierta mañana del otoño de 1835, en que le ví por última vez, acudiendo yo á su estudio en representacion de unos herederos con beneficio de inventario, que murieron sin llegar

temblor
60
á ver arreglada la testamentaria respectiva. Fri-
saba ya en los sesenta mi hombre, y, sin ser alto
ni bajo, tenia por cuerpo un verdadero costal
en que la naturaleza parecia haberse complacido
en vaciar á ciegas la carne y los huesos, sin dar
á una ni á otros la debida colocacion. De tez
aceitunada que contrastaba con lo cano del ca-
bello, corto y levantado de todas partes como si
el espanto le erizara; de ojos vivos y malignos
aunque algo encapotados; de nariz á la Cárlos III
—que la tuvo más larga que Cárlos IV, por más
que la fama haya favorecido á éste con daño de
aquel—y de excesivamente bello labio, que quan-
do se apartaba del superior dejaba ver hasta cua-
tro piezas entre dientes y colmillos, moviéndose
dócilmente al impulso de la lengua, tenia tem-
blorosos el pulso y la voz; metidos ambos piés en
sendas bolsas ó fundas de paño negro con nom-
bre de zapatos, y la mayor parte del cuerpo en
un leviton de bayeta, del corte de los que llama-
ban *redingotes* en nuestro tiempo.

vigo 60
Tal era la estampa del señor Licenciado Re-
tortillo aquella mañana en que, sin duda, la di-
gestion del chocolate habia sido penosa, pues
no disimulaba el viejo su mal humor, del cual
era signo inequívoco para los que le tratábamos

el echar pestes contra los clientes que se difun-
dian en la explicacion ó consulta de sus nego-
cios, ó contra las visitas que sin objeto alguno
iban á quitarle el tiempo, y cuya conversacion
suele ser una verdadera calamidad para las per-
sonas ocupadas. 4

Olvidaba decir á ustedes que el Licenciado,
hombre íntegro y religioso á pesar de su malicia
y aspereza, tenia en su estudio, en una de las
paredes, precisamente enfrente de su bufete y
bajo un doselillo de damasco rojo con candelabros
de plata, un Crucifijo de madera que él
apreciaba mucho, escultura de Cora, y cuya
mansedumbre y benignidad, hábilmente repre-
sentadas por el artífice, formaban más de una
vez contraste con el ceño y la iracundia de Re-
tortillo. A pesar de lo expuesto, es indudable
que nuestro hombre tenia cariño y devocion á
la imágen: solíasele sorprender con los ojos fijos
en ella cuando algun cliente le molestaba con la
relacion de las enfermedades de todos y cada uno
de los individuos de su familia, ó cuando algun
enviado de la parte contraria trataba de amedren-
tarle ó de sobornar su lealtad; y hasta habia lle-
gado alguna vez á decirme en un arranque de
confianza: “Rascon, esta imágen es milagrosa,

y no extrañaría yo ni que llegaras á ser hombre de bien si te encomendaras á ella."

En la mañana á que me refero, estaba sumamente atareado Retortillo con el despacho de un expediente en que se interesaba alguno de los más altos personajes políticos de aquel tiempo. Había despedido el Licenciado á todos sus clientes, citándolos para otro día, por tener que ocuparse de preferencia y con urgencia en el consabido negocio, y deteniéndome á mí para que llevase al tribunal el escrito que nos disponíamos él á redactar y yo á escribir. Lista hallábase en la mesa la blanca foja sellada para el bienio corriente, y mojada en tinta y aproximada al papel mi pluma, y el abogado se rascaba una oreja para empezar á dictarme, cuando oímos pasos en el corredor; pero en la confianza de que habia dado orden al portero de que á nadie dejara subir, no se alarmó Retortillo; y precisamente acabando de emitir la fórmula "como más haya lugar en derecho," y cuando su labio inferior llegaba casi á la forma y las dimensiones de un hongo de los más venenosos, apareció en el umbral de la puerta del estudio, sombrero en mano, camisa y polvero limpios, la sonrisa de la jovialidad en los labios y el come-

dimiento y la urbanidad en todos los ademanes, dando "santos y felices dias," un honradísimo hacendado del rumbo de Chalma, llamado Don Canuto Bobadilla, que había venido á México á pasar Todos Santos y Muertos, y que á título de pariente de una cuñada de la difunta esposa del Licenciado, no había creído compatible con la observancia de las reglas de buena crianza en que fué educado, regresar á sus paninos sin hacer una visita á Retortillo; en primer lugar para tener la imponderable satisfacción de conocer á un abogado cuya fama se extendía casi tanto como la del santuario de sus rumbos; en segundo lugar, para darle sucinta noticia de su posición y familia, y pedírsela acerca del médico más á propósito para curarle de un mal de piedra que él, equivocadamente sin duda, suponía radicado en el canal de la uretra, debiendo estarlo, según todas las apariencias, en la cabeza; y en tercero y último lugar, para ofrecerle su persona y bienes presentes y futuros, como su más respetuoso, afecto y rendido servidor que le deseaba permanente salud y le besaba entrambas manos.

Y aquel buitre bajo la forma de palomino, darse por satisfecho con explicación tan difusa, refirió al Licenciado cómo había forzado la con-

3512

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

signa dada al portero, quien procuró detenerle á tiempo en el patio, y solo franqueó el paso ante el aire de severidad y la mirada de proteccion con que el payo le dijo ser de la familia. Maldiciendo en sus adentros al visitante y al portero, y significando en vano á D. Canuto con ademanes de inquietud y con medias palabras lo muy ocupado que estaba, y su deseo de que terminara cuanto ántes la visita, Retortillo fijaba de cuando en cuando sus ojos verde-alfalfa en el Crucifijo, y hasta movia los labios como si orase, en tanto que Bobadilla seguía hablando del frio y del calor, de las últimas elecciones municipales de Chalma, y del *chahuixtle* recién caido á sus sementeras.

Repentinamente y como si Retortillo no hubiese podido resistir más tiempo á los impulsos de su devocion, levantóse del bufete dejando al payo con la palabra en la boca, y fué á arrodillarse á los piés del Crucifijo, cruzando desde luego los brazos é inclinando la cabeza sobre el pecho, y levantando en seguida el rostro y la diestra hácia la sagrada imágen, como si encarecidamente le pidiera alguna merced. Curiosa era la figura del señor Licenciado, que, á guisa de rey de baraja, se destacaba sobre el fondo lu-

tontera (Artigas)

minoso de un rayo de sol que penetraba en el aposento. Bobadilla, al ver la accion de Retortillo, manifestó extrañeza; pero, imaginándose á poco que el anciano era hombre profundamente piadoso, revistió su semblante con aire de respeto y simpatía, guardando cabal silencio, llevando alternativamente sus ojos del suplicante á la imágen, y hasta pareciendo asociarse por medio de la oracion mental, á la plegaria del Licenciado.

Éste se santiguó una, dos y tres veces; púsose en pié, y se dirigió al bufete reocupando su asiento y restregándose las manos como en señal de satisfaccion y de confianza.

—¡Hermoso Cristo! dijo el payo, queriendo reanudar la interrumpida conversacion.

—¡Y tan milagroso! exclamó Retortillo.

—¿Conque es milagrosa esta sagrada imágen?

—Usted va á ser juez de su virtud de hacer milagros. Estando yo sumamente ocupado, y siéndome excesivamente molesta á causa de ello la visita de Usted, acabo de pedir á ese Cristo que toque á Usted el corazon para que se vaya y me deje libre; y no tardamos en ver que ha sido oída y obsequiada mi peticion.

Por grande que fuese la dosis de tontera y

candor del payo, no se le oscureció la bellaquería del Licenciado, y poniéndose de siete colores, se levantó y despidió mortificadísimo, dando disculpas á Retortillo, y tropezones con tapetes y escupideras.

—¡Ya Usted ve si la imágen es milagrosa! observó el Licenciado estrechándole por última vez la mano en la puerta del estudio; y volviendo á su bufete, y siguiendo la frase pendiente, aún ántes de sentarse, dictó: “.....y salvas las protestas oportunas, ante Usía, con el respeto debido, expongo.”

Preocupado yo con lo que acababa de presenciar, en vez de escribir la frase, dí rienda suelta, no sin estrépito y contorsiones, á la risa que me hormigueaba en el cuerpo. Retortillo me vió con aire grave y me dijo en tono sentencioso: “Milagros de este linaje se obran, á Dios rogando y con el mazo dando.”

Recordé estas palabras al oír las últimas del capitán, y creo que el milagro que él desea, sería de fácil realización, si alguno de nosotros poseyera la viveza, la travesura y la resolución del Licenciado Retortillo para hallar expedientes en lances tan apurados como éste en que nos vemos.

III

La docena de sillas para igualar.

Los oyentes hallaron demasiado largo el cuento del procurador, tratándose de tan sencillo suceso; y el farmacéutico, que era inclinado á la contradicción, dijo:

—No; pues lo que es en materia de viveza y travesura, yo habría proporcionado al Licenciado Retortillo la horma de su zapato en la persona de un D. Roque, de célebre memoria; si bien éste solía emplear aquellas dotes en términos mucho ménos ajustados al Decálogo.

Don Roque había sido comerciante en San Luis Potosí, con bienes propios considerables y casi ilimitado crédito; pero el robo de unos cargamentos de mercancías suyas durante la guerra de insurrección, le atrasó de tal modo, que dió punto á sus negocios entregando á sus acreedores el dinero y los efectos existentes, y hasta las alhajas de su mujer; pues decía, y con justicia, que usarlas ella cuando su marido aun de-